

XVIII

Tengo á la vista un librito de pocas hojas impreso con lujo en París, y titulado *Poemas y rimas*.

Su autor, don Máximo Soto Hall, creo que es un estimable joven diplomático de Guatemala, y de poesía también mala.

Vamos, de esa que casi no es poesía.

Advierto que esto último, lo de la poesía mala, no es que lo creo: es que lo he visto, como lo van á ver ustedes los lectores.

Pero asimismo advierto, para que luego no se llamen ustedes á engaño, que aun siendo mal poeta el señor Soto Hall, no es tan malo como el señor Miyares, por ejemplo, ni como el señor Caro, ni como el señor Pagaza.

El señor Soto hace de cuando en cuando algunos versos regulareillos.

Pero tiene la desgracia de haberse propuesto por modelo al señor Núñez de Arce, y la de que, como suele sucederles á todos los imitadores, no se le hayan pegado del modelo más

que los defectos: vamos, los adjetivos y algún prosaísmo que otro.

El primero de los *poemas* del de Guatemala, dedicado á su maestro don Gaspar, se titula *Dos besos*, de los cuales indudablemente sobra uno.

Y el primero de los pecados cometidos por el señor Soto en este poema, es el de haberse atrevido á escribirle en tercetos.

Diez y ocho docenas de tercetos, y los cuento así porque hay una docena en cada hoja... diez y ocho docenas de tercetos, aunque no sean del todo malos, son irresistibles.

Y los del diplomático guatemalteco, la verdad sea dicha, no son buenos del todo.

¿Figurábasele al señor Soto Hall que era cosa fácil hacer tercetos como los de *La selva oscura*?

Y tampoco aquéllos son todos buenos; con que rebajando en los del señor Soto lo que va de maestro á discípulo, considere el señor Soto en lo que quedarán los suyos.

Pero mejor es verlos:

«CANTO PRIMERO

Ya la ilusión en *mi alma* no se agota,  
Pues sé que cuando...»

Mire usted, señor Soto, antes de pasar adelante, mire usted: toda esa primera mitad del segundo verso es muy prosáica, y bastaría ella

sola para deslucir el terceto, aun cuando no tuviera más defectos que ese.

«Pues sé que cuando...» ¿Qué giro y qué palabras emplearía usted escribiendo en prosa para expresar la misma idea?... Pues esas mismas.

También es dura de hacer la sinalefa que usted quiere que se haga en el verso primero en las palabras *mi-alma*, porque haciéndola, se acercan demasiado las dos emes y suenan *mialma*, casi *malma*, mientras que pronunciando en tres sílabas *mi-al-ma*, el sonido es más dulce.

Aparte de que el verso tiene otras dos sinalefas, en *l'i-lu-sión* y en *s'a-go-ta*, y tres son demasiadas en un verso.

Y también el tercer verso tiene otro prosaísmo: *en el instante*.

«Ya la ilusión en *mi alma* no se agota,  
Pues sé que cuando muere una esperanza  
Otra esperanza en el instante brota.»

Convendrá conmigo el señor Soto, en que ese primer terceto deja bastante poesía que desear.

El segundo dice:

«Y todo sér que por el mundo avanza  
Debe saber...»

Y todo ser...  
Debe saber...

Tampoco eso está bueno, señor Soto. Esos versitos con sus consonantes y todo, dentro de los otros versos, no son de paso.

Otro terceto dice:

«Por olvidar la virgen *seductora*  
Que amó mi ardiente corazón *herido*  
Por su mirada *dulce y brilladora...*»

¿Qué necesidad tenía usted de decirnos por qué la amó?

Y si tenía usted empeño en decir que la causa determinante del amor fué su mirada *dulce y brilladora*, dos adjetivos, de los cuales el segundo es muy ripio y muy consonante, hubiera usted dado otra forma á ese tercer verso para que no empezara con la misma palabra *por* con que empieza el primero, usada en distinto sentido, lo cual es cosa muy mal vista.

Y no le quiero decir á usted nada del epíteto *herido*, malamente aplicado al corazón en el segundo verso; porque cuando amó á la virgen *seductora* no estaba herido, ó por lo menos no consta en autos que lo estuviera, sino que quedó herido á consecuencia de aquel amor de la virgen *seductora*.

Eso que usted hace se llama poner la horca antes que el lugar, ó poner el ripio antes que la poesía.

A más de que las vírgenes no suelen ser *seductoras*.

Y á más de que aquel *amomí* del segundo verso no es eufónico.

Siga usted:

«Creiendo en otro *amor hallar olvido*  
A una doncella *candorosa y pura*  
A herir fui...»

¡Cruel! ¿No ve usted que es una crueldad herir á una doncella *candorosa y pura*?

Si es que lo era realmente; que á lo mejor no lo sería más que en el verso.

Donde, es claro... ¿qué menos había de ser que *candorosa y pura*, tratándose de rellenar un endecasílabo en *ura*?

«Eran *oscuros* sus *radiantes* ojos...»

Bueno: que sus ojos fueran *oscuros* puede pasar, porque ya se sabe que el poeta puede hacerlos del color que le dé la gana; pero ¿qué necesidad había de llamarlos *radiantes*?

Siga usted:

«Eran *oscuros* sus *radiantes* ojos  
Y su *profusa* cabellera *oscura*.»

Corriente. ¿Qué más?

«Sus labios frescos, perfumados, rojos,  
Y pálida su tez, que coloreaba  
El virginal pudor con sus sonrojos.»

Este es un terceto regular. Adelante:

«Es cierto que al principio no la amaba.»

¡Hombre, hombre, hombre, hombre!... ¡Qué malo está eso; pero qué malo, señor Soto!

No crea usted que lo que me parece mal es que no la amara usted al principio, no, señor. Eso á mí, como usted puede comprender, no me da cuidado.

Lo mismo que si no hubiera usted amado al fin tampoco.

Lo que me parece mal y lo que me ha hecho exelomar ¡hombre, hombre!... es lo candorosamente prosáico que le ha salido á usted ese verso.

«Es cierto que al principio no la amaba.»

¿Le parece á usted eso poesía?

«Es cierto que al principio no la amaba,  
Porque en la estrecha red de sus encantos...»

No veo la necesidad de que fuera estrecha; pero siga usted:

«Otra hermosa mujer me aprisionaba...»

¿Otra todavía?

Además de la *virgen seductora* de antes y de la *doncella candorosa y pura* de ahora, ¿hay to-

avía otra en campaña?... ¿Se llama usted don Juan?... ¡Ah, no! don Máximo...

Insisto en que no era necesario que la red fuera *estrecha* para aprisionarle á usted. Bastaba que no estuviera rota, y que fuera un poco cerrada de malla, porque creo que no es usted muy grueso.

Siga usted:

«Es cierto que al principio no la amaba... etc.  
*Mas vine luego* descubriendo tantos  
Atractivos en su alma, que por ella  
Olvidé mis pasados *desencantos*...»

Encantos querrá usted decir; porque los *desencantos* suponen anteriores encantos, que es lo que cuesta trabajo olvidar.

Pero como los encantos los había usted puesto ya en el terceto anterior, pues... *desencantos*, aunque no haya sentido.

Y luego, ¿por qué dice usted *mas vine luego descubriendo*? Descubrí se dice. *Mas vine luego descubriendo* es muy prosáico. Y ni en prosa lo dice casi nadie, como no sea Cánovas.

«Vengo ozerbando, zeñorez...»

Aparte de que usted no vino, sino que se fué.

Continúe:

«Y amé á la virgen *celestial* y bella  
Que del dolor en el *inmenso* Océano  
Fué para mí la *salvadora* estrella.»

Tres versos y cuatro adjetivos.

Esto es como aquello que decían de Torredones: catorce vecinos y quince ladrones.

Convendrá usted conmigo, señor Soto, en que á esa virgen la bastaba ser *bella*, ó ser *celestial*, y en que el Océano está ya cansado de oirse llamar *inmenso*, y en que *la salvadora* más parece una criada que un epíteto de la estrella del Norte.

Un poco más adelante dice usted:

«Aun al recuerdo de su amor me *abraso...*»

Y cuando uno cree de buena fe que, en efecto, se abrasa usted, añade:

«*En un suave calor...*»

No; eso no: entonces no se abrasa usted; se calienta, á lo sumo, porque en un suave calor nadie se abrasa.

Y menos si el calor es efectivamente tan suave

«...como el que *arroja*

El *moribundo* sol desde el ocaso.»

¿Usted no sabe que *abrasarse* es hacerse brasa?

Y ¿ha visto usted que el calor del sol Poniente haya hecho brasa ninguna cosa?...

No vale escribir al *vultum tuum*: hay que mirar lo que se dice.

Mas *volvamos de nuevo...* Esto no lo digo yo; lo dice el señor Soto Hall.

«Mas *volvamos de nuevo* á la *angustiosa* *Historia* de mi amor, aquella *historia* cuyo recuerdo *sin cesar* me *acosa.*»

Bueno, volvamos de nuevo, ó de viejo, como usted quiera. Pero entienda usted que eso de ser asonantes entre sí los consonantes, no es de buen gusto.

Siga usted:

«Volvamos á la dicha *transitoria* De los días fugaces que *pasaron...*»

Ya se comprende: si la dicha fué *transitoria*, tuvo que pasar, ó ser de días que *pasaron*. ¡Por el amor de Dios, señor Soto, no diga usted las cosas dos veces!

Bastante hace el lector con resistirlas una vez sola.

«Del *verde* campo las *modestas* flores...»

Pase que á las flores las llame usted *modestas*; pero ¿qué necesidad había de decir que el campo es *verde*?...

Adelante:

«*Algunas veces*, *presagiando duelo...*»

La primera parte de este verso es un pro-  
saísmo, y la segunda un ripio.

«Algunas veces presagiando duelo  
La calma deliciosa perturbaba  
Ave...»

*Perturbaba ave* es una cacofonía irresistible. Ya el *perturbaba* era malo por sí, como todos los consonantes *babosas*; pero con el *ave* que puso usted en seguida, acabó usted de remachar el clavo.

«¡Cuánto sueño de amor, cuánta poesía!...»

*Poesía* será, ó *posía*; porque *poesía* no se puede reducir á tres sílabas, únicas que caben en el verso.

«En tanto que la frase modulada  
Por su purpúrea boca era el gorjeo  
(¡Huy, qué feo!)  
Con que la alondra anuncia la alborada.»

Filosofías:

«Nunca el alma sepulta en el pasado  
Recuerdos de placer; fuerza es que guarde  
Memoria de los goces que haapurado.»

Frase dura é impertinente.  
Porque luego resulta que el héroe no ha

apurado nada, sino á lo sumo la paciencia de los lectores.

«Quién no ha sentido que en su *espíritu arde*...»

¡Qué oído, señor Soto Hall! ¿Cree usted que eso puede ser verso?

Quando se llega al *su espíritu arde* lleva ya el verso tres sinalefas. Y todavía esto sería lo de menos, si la del *espíritu arde* se pudiera hacer sin detrimento del sentido.

«Alguna época aciaga ó venturosa.»

Otro verso malo. ¡Época aciaga!...

«De los crueles y amargos desengaños...»

Aparte de los dos adjetivos, de los cuales diría yo que sobraba por lo menos uno, ese *crueles* comprimido hasta dejarle en dos sílabas, es muy feo.

«Yo entonces fui feliz. Era la aurora  
De mi agitada vida...»

Digo lo que antes, cuando el corazón herido. ¿Por qué llama usted *agitada* á la vida, antes de que lo sea?

«Si iba afanoso en busca de mi bella...»

Muy malas son esas aliteraciones.

*Si iba afa...* Primero dos ies tocándose; después dos aes tocándose también, y seguidas de muy cerca por otra, por si acaso tienen miedo...

Quizá por esa misma consideración no pone usted casi nunca un epíteto solo.

«Su rosada y etérea vestidura  
Aquella noche hermosa y placentera  
«Junto á una virgen púdica y amante...»  
«A una doncella candorosa y pura...»

Así: por parejas siempre, como los guardias civiles.

«Mi dicha tocó al fin; al sér que amaba...»

Oído leer este verso, parece decir lo contrario de lo que dice.

Parece como que el poeta ó la dicha del poeta tocó al sér que amaba, y luego resulta que fué al revés.

Por obra de la sintaxis de sorpresa.

«Mi dicha tocó al fin; al sér que amaba  
Con todo el corazón, dejar debía...»

Muy prosáico y muy feo.  
¡Dejar debía!...

«Cuando el alma padece, su tormento  
Expresar tanta angustia no la deja...»

No se sabe si es el tormento el que no deja expresar la angustia, ó es la angustia la que no deja expresar el tormento.

«Había tal angustia en la mirada  
(Otra angustia rozando á la pasada)  
De sus ojos purísimos, que al verla  
Sentí en el corazón honda punzada.»

¿La sintió usted en el corazón? Porque así suena.

«Le hablé de la ventura del regreso...»

Prosáico. Además que no se dice *le*, sino *la*. Es acusativo.

«Al fin nos separamos; dividida  
Ví la cadena que forjara el cielo...»

¡Que la había de forjar el cielo! La habría forjado usted.

«Los ojos son inagotables fuentes  
De donde brota sin cesar el llanto  
De nuestras almas tristes á torrentes.»

Feo de puro recargado. Porque nada de eso es natural: ni el *inagotables*, ni el *sin cesar*, ni los *torrentes*...

«Mis tristes ojos, á la dicha extraños...»

¡Claro! Estando tristes...

«Do quiera que *veían*, encontraban  
Sombra no más y negros desengaños.»

Eso no se llama *ver*, se llama *mirar*, que no es lo mismo.

Pero, ya se *ve*, *miraban encontraban* no se atrevió usted á decir, por el consonante, y prefirió usted usar el verbo *ver* impropriamente.

«Sólo sus *dulces* cartas disipaban...»

Poco feliz. *Dulces cartas...* y luego *disipaban...*

«Y al fin ya no llegaron; vanamente  
Esperé con afán día tras día  
*Sin saber nada...*»

Prosáico...

«¿*Qué pasaba?*...»

Prosáico también.

«*El tiempo por fortuna* nunca para.»

Duro lo del *tiempo por*, y prosáico todo el verso.

El canto segundo empieza así:

«Dulce esperanza á que, en fatal momento...»

Y no puede empezar peor.

*Esperanza á... á que... en...* Este verso es muy malo.

Y todo el terceto:

«Dulce *esperanza á que*, en fatal momento,  
En el fondo de mi *alma di cabida*  
Para aumentar mi horrible sufrimiento.»

Mi horrible sufrimiento... ¡No fuera que pasara un sustantivo sin su correspondiente epíteto de brocha gorda!

«Porque lleno de *angustia* y cruel despecho  
Verá de su esperanza *el ave muerta...*»

Esa *ave muerta* también está ahí muy mal.

«¡Ay del alma que *sueña* y se *despierta*  
(*Asonantitos*),  
Y al entreabrir sus ojos doquier *mira*  
La realidad del mundo descubierta.»

¿Puso usted ahí *mira* en lugar de *ve* para deshacer el trueque de atrás?...

«Sintiendo entonces de *profundo* duelo  
*Dentro del alma* la punzante espina...»

¿El *alma* siente *dentro del alma?*... Es natural...  
\*



«Y entonces duda de si el Dios que adora  
Es mentira también (*¡Dios nos asista  
Con su gracia hasta el fin!*) si falsos lazos  
Lo unen al sér con quien en su ansia implora.»

¡Qué verso este último! A más de ser duro é interminable, no se entiende...

«Cuando, á mi vista, de la patria mía  
Vé aparecer...»

O sobra el *vi* ó sobra el *á mi vista*. De haber dicho *á mi vista*, podía usted haber dicho *apareció*...

«Vé aparecer la costa *acantilada*...»

No sé si lo será. Pero, de todos modos, usted no se lo llama porque lo sea, sino porque se lo llamó don Gaspar á la de Cantabria en *La Pesca*.

«En vano ante el altar *con angustiosa  
Voz al cielo alza su oración ferviente.*»

Esto no es verso endecasílabo ni cosa que lo valga...

«¡Voz al cielo alza su oración *ferviente!*»

¿Le parece á usted que se pueden decir todas esas cosas en un verso?

Haga usted el favor de seguir:

«Y llena de dolor, *desesperada,  
Mesándose las manos...*»

¡Hombre! De eso sí que no se había visto...  
¡Mesarse las manos!  
Bueno: que no sabe usted lo que es mesar.  
Ni otras muchas cosas.

.....  
Y lo dejo porque se va haciendo este artículo demasiado largo, y el libro también, no porque en el poema *gasparino* del señor Soto no haya mucho que censurar todavía.

Con que, hasta el *montón* siguiente...

FIN